Trelew

A 30 años de la masacre



Memorias de vidas

Por J. M. Pasquini Durán

Los revolucionarios de esos años arriesgaban todo por el supremo objetivo de la revolución socialista, aun aquellos que aceptaban el liderazgo de Juan Perón, por muy contradictorias que pudieran resultar esas dos opciones simultáneas para los que identificaban al veterano General con la contrarrevolución. Lo mismo que en el resto de la sociedad, también en la guerrilla el peronismo era un parte-aguas excluyente. Esa diferencia no impidió, sin embargo, que para organizar y ejecutar la fuga del penal de Rawson, punto inicial de la tragedia que hoy se recuerda, reunieran inteligencias y recursos en un comando unificado ni que el estereotipado antiperonismo de la Marina hiciera ninguna distinción al momento de fusilar a los prisioneros de la base naval de Trelew. Los muertos fueron once miembros del ERP, tres de FAR y dos de Montoneros, y tres sobrevivieron a sus heridas porque los verdugos no hicieron a tiempo, antes que llegaran otros testigos, a rematarlos de un balazo, como sucedió con otras víctimas y pudieron aguantar por horas hasta que recibieron cuidados médicos.

Aquel momento de coincidencia logró la hazaña de perforar la "máxima seguridad" que los militares le atribuían a ese penal, tan lejos de todo y tan cerca de bases y cuarteles militares. Fue una humillación que las fuerzas armadas y el gobierno de facto encabezado por el general Alejandro Agustín Lanusse se cobraron de la peor manera, con premeditación y alevosía, con tiempo suficiente para elaborar la decisión y cumplirla a sangre fría. Aunque los carceleros de aquella madrugada del 22 de agosto alegaron defensa propia, el inverosímil relato careció de consistencia y no pudo resistir el testimonio de María Antonia Berger, Alberto Miguel Camps y Ricardo René Haidar, los sobrevivientes.

Esa incapacidad para justificar la conducta criminal pudo haber influido en la decisión posterior de clandestinizar el plan represivo del terrorismo de Estado a partir de marzo de 1976. En todo caso, esa madrugada quedó instalada la opción de la muerte como "solución final" para el desafío de la insurgencia. Desde la perspectiva del poder establecido, había que quebrar de cualquier modo la voluntad popular de tomar en sus manos el destino propio. En ese momento, fracasaron en el propósito de dominar por el terror, ya que apenas seis meses después la mayoría popular impuso en las urnas al hasta entonces proscrito peronismo, representado por la candidatura de Héctor J. Cámpora, quien asumiría en mayo de 1973 escoltado por los presidentes de Cuba, Osvaldo Dorticós, y de Chile, Salvador Allende.

Hijos de su época, ninguno de los guerrilleros buscó la muerte con vocación suicida, ni en la toma del penal ni en el copamiento del aeropuerto de Trelew o en la rendición incondicional. Podían ser ilusos, pero no eran trastornados. Con la experiencia de los años transcurridos, hoy podrían ser reprochados porque minimizaron o desdeñaron la paciente construcción del poder popular por vía pacífica. La democracia capitalista, en aquel tiempo, era asunto de burgueses, no de revolucionarios. Traían el impulso de las convulsiones transformadoras de la década del '60, de la Revolución Cubana en particular, cuando el mundo entero parecía dispuesto a empaparse en todo lo nuevo que podía ofrecerle la imaginación humana. Nada parecía imposible, al contrario, como decían los estudiantes y obreros alzados en el Mayo Francés, "pide lo imposible para conseguir lo posible". Para detener ese ímpetu y retroceder la historia, el establishment conservador tuvo que empeñar el máximo esfuerzo durante el último cuarto del siglo XX, cometer asesinatos masivos y aplicar tormentos de todo tipo.

Recordar no es tarea vana ni mera deformación necrofílica. Forma parte sustancial de una misma y única batalla entre los fundamentalistas que quieren ponerle fin a la historia y los soñadores del futuro, los que atesoran la premonición cierta de lo que vendrá. En *La Patria fusilada*, texto en el que Francisco Urondo recopila los recuerdos de aquellos tres sobrevivientes sobre la tragedia de Trelew, la primera página está ocupada por un poema de Juan Gelman ("Condiciones") que termina así: "...el ciego a los oleajes de dolor y de sueño bajo las condiciones objetivas ¿no será oportunista? / por falta de memoria o miedo ¿quiere enterrar al ave?". Hoy en día, aunque hay otros cielos, otras las "condiciones", aun con las alas recortadas o enjaulada el ave nunca pierde la tentación de volar. Las memorias de vidas enseñan que sólo se trata de encontrar la oportunidad. ■



Los diez guerrilleros, entre ellos Mario Roberto Santucho, Roberto Quieto y Fernando Vaca Narvaja, que consiguieron llegar a Cuba tras la fuga del penal de Rawson.





El general Alejandro Lanusse mantenía una dura pulseada con Juan Perón, quien condenó la masacre. El presidente chileno Salvador Allende permitió a los prófugos seguir hasta Cuba.

"Fue la semilla del genocidio que vino después"

La masacre de 16 presos, el 22 de agosto de 1972, en represalia por una fuga del penal de Rawson, se convertiría más tarde en práctica sistemática de la represión.

Por Luis Bruschtein

A las 3.30 de la madrugada sacaron a los 19 presos de sus celdas, los formaron en el pasillo y los fusilaron con ráfagas de ametralladora. María Antonia Berger sintió el impacto en el estómago, vio a sus compañeros que caían heridos o trataban de protegerse en las celdas y se arrojó en la suya. Escuchaba los gritos de dolor, las puteadas y las órdenes. Sobre todo escuchaba los tiros de gracia. A medida que se acercaban, iban acallando las voces. Vio al teniente de corbeta Bravo en el umbral de su celda con una pistola en la mano. Desde el suelo lo vio acercarse y apuntarle a la cabeza. Sintió el disparo y la cabeza le estalló, aunque seguía viva. Escuchó voces pero no la atendían mientras se desangraba por el estómago y la mandíbula. Quiso hacer algo antes de morir, escribir con su sangre los nombres de Bravo y Sosa, los fusiladores, pero escribió "papá" y "mamá" en una pared. Alguien se acercó y lo borró con un trapo húmedo. Volvió a mojar el dedo en su sangre y escribió "LOMJE", la consigna de las FAR y del Ejército de los Andes: "Libres o Muertos, Jamás Esclavos".

Era el 22 de agosto de 1972. Una semana antes, el 15, más de cien guerrilleros presos en la cárcel de máxima seguridad de Rawson habían sorprendido al país propinando un duro golpe a la dictadura militar del general Alejandro Agustín Lanusse al copar el penal y el aeropuerto, en tanto otros tres comandos copaban un avión de Austral que venía de Comodoro Rivadavia. La operación era compleja: debían tomar el penal pocos minutos antes de que llegara el avión. Al mismo tiempo había que copar el avión cuando aterrizara en Trelew y trasladar a los presos fugados en varios transportes. Sólo fallaron los camiones, pero seis de los principales dirigentes de las organizaciones guerrilleras habían logrado fugar.

"Nosotros teníamos la sospecha de que se preparaba un hecho político importante", afirma Eduardo Luis Duhalde, que en aquel momento era abogado de varios de los presos, junto a sus colegas Rodolfo Ortega Peña, Mario Hernández, Rodolfo Sinigaglia, Rodolfo Mattarolo y otros. "Teníamos indicios, pero realmente no sabíamos de qué se trataba."

Estaba copado el penal y el avión en el aeropuerto, pero a la cárcel sólo llegó un Ford Falcon. Subieron Mario Roberto Santucho, Domingo Mena y Enrique Gorriarán Merlo, jefes del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP); Roberto Quieto y Marcos Osatinsky, de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), y Fernando Vaca Narvaja, de Montoneros. Los que se quedaron empezaron a llamar remises y taxis y fueron subiendo a medida que iban llegando. Los primeros seis alcanzaron al avión de Austral, esperaron infructuosamente a sus compañeros y levantaron vuelo hacia Chile.

Al llegar al aeropuerto en taxis y remises, otros 19 guerrilleros pudieron ver cuando el avión despegaba. Tomaron las instalaciones y comenzaron, resignadamente, las negociaciones para entregarse, no tenían ninguna posibilidad de sostener la fuga.

"El 15 nos enteramos de la toma y la fuga –agrega Duhalde, actual juez del tribunal oral 29– y el 16 a la mañana intentamos viajar con Ortega Peña y otros abogados, como Carlos González Gartland, Mattarolo y Miguel Radrizzani Goñi, pero nos dijeron que a pesar de que habíamos reservado los pasajes, todo el vuelo a Trelew estaba tomado por el gobierno. Mario Hernández y Rodolfo Sinigaglia no podían viajar porque estaban abocados a otro problema, así que alquilamos dos remises y partimos. Al llegar a Bahía Blanca, empezaron a pararnos controles del Ejército, la policía y la Marina, al punto que los choferes se asustaron y se bajaron, así que seguimos manejando nosotros. Encima uno de los autos se descompuso."

Los 19 guerrilleros que se atrincheraron en el aeropuerto eran Ana María Villarreal de Santucho, Carlos Astudillo, Eduardo Capelo, Carlos del Rey, José Mena, Rubén Bonet, Clarisa Lea Place, Humberto Suárez, Humberto Toschi, Jorge Ulla, Alfredo Kohon, Miguel Angel Volpi, Ma-

EL RECUERDO DE AGUSTIN TOSCO

"Algunos enmudecieron, otros lloraban"

Agustín Tosco fue en la década del '70 el principal dirigente sindical no peronista. Su nombre se convirtió en una bandera nacional después que se puso a la cabeza de la revuelta que la historia recordaría como Cordobazo. Cuando se produjo la fuga que terminó en la masacre de Trelew, Tosco estaba preso en el penal de Rawson y, respetando su decisión de huir, prefirió no sumarse a los prófugos. El siguiente es su relato, brindado un año más tarde al diario *El Mundo*, de cómo se vivió en la prisión ese trágico 22 de agosto.

–¿Puede usted relatarnos sintéticamente qué pasó ese día en el penal de Rawson?

–Desde el 15 de agosto, día de la evasión, vivíamos en un clima de gran ansiedad. Habíamos sido reagrupados en pabellones distintos a los que ocupábamos en aquella fecha, y aislados rigurosamente en cada una de las celdas individuales. La puerta de la celda era maciza, con algunos agujeros de un centímetro de diámetro, que hacían de mirilla para los celadores que nos observaban y controlaban constantemente. Una especie de pequeña ventana, con barrotes cruzados, semejante a una claraboya sin vidrios, colocada sobre la puerta, nos permitía mirar directamente a algunos compañeros, a los ubicados en las cinco o seis celdas de enfrente; para ello debíamos subirnos a la cabecera de la cama y estar en posición muy incómoda. Pero lo hacíamos con entusiasmo, pues eso nos permitía contactarnos de alguna manera, planteamos los interrogantes que la situación de incomunicación nos obligaba, e ir transmitiendo las opiniones con el lenguaje mudo de la mano, en lo que ya éramos expertos. Dados los cuarenta y cinco metros de longitud del pabellón y las dos series de veintiún celdas a cada costado del mismo, la retransmisión se iba haciendo en forma de zigzag hasta completar la totalidad.

Nuestra preocupación mayor era la suerte corrida por los compañeros que se habían fugado. Muchos de los prisioneros pertenecían a organizaciones armadas y otros no; es decir, los que nos encontrábamos en el pabellón. Mas a todos nos embargaba una seria inquietud pues la noche del 15 de agosto habíamos escuchado por radio, que todavía en ese entonces se nos permitía tener, que habían sido apresados en el Aeropuerto de Trelew; que se les había dado garantías de reintegrarlos al penal; que estaban en marcha hacia el mismo, en una columna que encabezaban Pujadas, el juez Godoy, el Dr. Amaya y miembros de las fuerzas de represión. La noche del 15 de agosto, en la que permaneció tomado interiormente el penal, escuchamos las emisoras de Chile, donde se daba cuenta del secuestro del avión, y que en él viajaban Santucho, Osatinsky, Vaca Narvaja, Gorriarán, Quieto y Mena. Pero el 16 de agosto a la mañana, que se nos incomunicó, no sabíamos casi nada de los diecinueve restantes.



Teníamos la posibilidad de informarnos muy precariamente por dos vías: en la guardia los celadores solían escuchar los informativos y todos hacíamos un profundo silencio para tratar de pescar algo; el contacto con algunos celadores más "flexibles". Cuando nos abrían la puerta para ir al baño o cuando nos traían la comida, también podían darnos una "pista".

Antes del mediodía del 22 de agosto, algunos compañeros comenzaron a transmitir con el lenguaje mudo que parecía que tres prisioneros que estaban en la Base Naval de Trelew habían sido asesinados. Una gran angustia se experimentó todo el pabellón. Por la mañana habían requisado en forma muy dura –ellos ya sabían lo acontecido en la madrugada– y propinaron golpes de puño a varios, además de hacernos correr desnudos desde el baño a cada una de las celdas. Habíamos gritado y protestado con toda nuestra fuerza.

A medida que lográbamos noticias, precarias todas, iba aumentando el número de muertos. Decían que Pujadas había intentado apoderarse de la ametralladora de un guardia, que se había generalizado un tiroteo y que habían caído todos. A las 17 horas estaba prácticamente confirmado que habían sido muertos los diecinueve compañeros en la Base Aeronaval.

Fueron horas de intenso dramatismo. Todos estábamos encaramados y tomados de los barrotes cruzados de la ventana de la celda hacia el interior del pabellón. Había rostros enmudecidos. Otros lloraban con profundo dolor y rabia. Algunos gritaban y daban vivas a cada uno de los caídos y a las organizaciones guerrilleras, a la clase obrera, a la revolución y a la Patria.

A la noche se preparó un homenaje simultáneo en los seis pabellones ocupados por los presos políticos y sociales. Espontáneamente cada uno relataba aspectos de la vida, las convicciones, la personalidad de los caídos, hasta completarlos a todos. Posteriormente hablaron varios enjuiciando y condenando el alevoso crimen y fijando la responsabilidad en la dictadura y el sistema. Luego a voz de cuello se gritó el nombre de cada uno y cada vez se respondía en forma vibrante y unánime: ¡Presente! ¡Hasta la victoria siempre!

Se entonaron colectivamente las distintas marchas partidarias. Todo quedó en silencio. Los guardias ordenaron acostarse. Esa noche nadie durmió. El recuerdo de los mártires caídos, la imagen de cada uno, el heroico ejemplo de cada uno, llenaba la imaginación, hacía estremecer los sentimientos y daba una pauta más del duro y glorioso camino revolucionario que recorren la clase obrera y el pueblo hasta su total y definitiva liberación.



Los diez guerrilleros, entre ellos Mario Roberto Santucho, Roberto Quieto y Fernando Vaca Narvaja, que consiguieron llegar a Cuba tras la fuga del penal de Rawson.





El general Alejandro Lanusse mantenía una dura pulseada con Juan Perón, quien condenó la masacre. El presidente chileno Salvador Allende permitió a los prófugos seguir hasta Cuba.

María Antonia Berger y Mariano Pujadas, en la conferencia de prensa en el aeropuerto. Pujadas murió en el fusilamiento y Berger fue una de los tres sobrevivientes.



Parte de los 19 guerrilleros al entregar sus armas. En el centro está Ana María Villarreal, la esposa de Santucho. Unos días más tarde serían fusilados en la base de la Armada, Almirante Zar.

"Fue la semilla del genocidio que vino después"

La masacre de 16 presos, el 22 de agosto de 1972, en represalia por una fuga del penal de Rawson, se convertiría más tarde en práctica sistemática de la represión.

Por Luis Bruschtein

A las 3.30 de la madrugada sacaron a los 19 presos de sus celdas, los formaron en el pasillo y los fusilaron con ráfagas de ametralladora. María Antonia Berger sintió el impacto en el estómago, vio a sus compañeros que caían heridos o trataban de protegerse en las celdas y se arrojó en la suya. Escuchaba los gritos de dolor, las puteadas y las órdenes. Sobre todo escuchaba los tiros de gracia. A medida que se acercaban, iban acallando las voces. Vio al teniente de corbeta Bravo en el umbral de su celda con una pistola en la mano. Desde el suelo lo vio acercarse y apuntarle a la cabeza. Sintió el disparo y la cabeza le estalló, aunque seguía viva. Escuchó voces pero no la atendían mientras se desangraba por el estómago y la mandíbula. Quiso hacer algo antes de morir, escribir con su sangre los nombres de Bravo y Sosa, los fusiladores, pero escribió "papá" y "mamá" en una pared. Alguien se acercó y lo borró con un trapo húmedo. Volvió a mojar el dedo en su sangre y escribió "LOMJE", la consigna de las FAR y del Ejército de los Andes: "Libres o Muertos, Jamás Esclavos".

Era el 22 de agosto de 1972. Una semana antes, el 15, más de cien guerrilleros presos en la cárcel de máxima seguridad de Rawson habían sorprendido al país propinando un duro golpe a la dictadura militar del general Alejandro Agustín Lanusse al copar el penal y el aeropuerto, en tanto otros tres comandos copaban un avión de Austral que venía de Comodoro Rivadavia. La operación era compleja: debían tomar el penal pocos minutos antes de que llegara el avión. Al mismo tiempo había que copar el avión cuando aterrizara en Trelew y trasladar a los presos fugados en varios transportes. Sólo fallaron los camiones, pero seis de los principales dirigentes de las organizaciones guerrilleras habían logrado fugar.

"Nosotros teníamos la sospecha de que se preparaba un hecho político importante", afirma Eduardo Luis Duhalde, que en aquel momento era abogado de varios de los presos, junto a sus colegas Rodolfo Ortega Peña, Mario Hernández, Rodolfo Sinigaglia, Rodolfo Mattarolo y otros. "Teníamos indicios, pero realmente no sabíamos de qué se trataba."

Estaba copado el penal y el avión en el aeropuerto, pero a la cárcel sólo llegó un Ford Falcon. Subieron Mario Roberto Santucho, Domingo Mena y Enrique Gorriarán Merlo, jefes del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP); Roberto Quieto y Marcos Osatinsky, de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), y Fernando Vaca Narvaja, de Montoneros. Los que se quedaron empezaron a llamar remises y taxis y fueron subiendo a medida que iban llegando. Los primeros seis alcanzaron al avión de Austral, esperaron infructuosamente a sus compañeros y levantaron vuelo hacia Chile.

Al llegar al aeropuerto en taxis y remises, otros 19 guerrilleros pudieron ver cuando el avión despegaba. Tomaron las instalaciones y comenzaron, resignadamente, las negociaciones para entregarse, no tenían ninguna posibilidad de sostener la fuga.

"El 15 nos enteramos de la toma y la fuga –agrega Duhalde, actual juez del tribunal oral 29– y el 16 a la mañana intentamos viajar con Ortega Peña y otros abogados, como Carlos González Gartland, Mattarolo y Miguel Radrizzani Goñi, pero nos dijeron que a pesar de que habíamos reservado los pasajes, todo el vuelo a Trelew estaba tomado por el gobierno. Mario Hernández y Rodolfo Sinigaglia no podían viajar porque estaban abocados a otro problema, así que alquilamos dos remises y partimos. Al llegar a Bahía Blanca, empezaron a pararnos controles del Ejército, la policía y la Marina, al punto que los choferes se asustaron y se bajaron, así que seguimos manejando nosotros. Encima uno de los autos se descompuso."

Los 19 guerrilleros que se atrincheraron en el aeropuerto eran Ana María Villarreal de Santucho, Carlos Astudillo, Eduardo Capelo, Carlos del Rey, José Mena, Rubén Bonet, Clarisa Lea Place, Humberto Suárez, Humberto Toschi, Jorge Ulla, Alfredo Kohon, Miguel Angel Volpi, Mario Delfino, Mariano Pujadas, Ricardo Haidar, Susana Lesgart, María Angélica Sabelli, María Antonia Berger y Alberto Camps. Pidieron la presencia del juez y de los periodistas. Bonet, Pujadas y Berger hablaron en representación del ERP, Montoneros y FAR. Las dos últimas organizaciones ya estaban en un proceso de discusión para unificarse, por lo que prácticamente Pujadas habló en nombre de las dos. Bonet reivindicó en sus declaraciones la unidad de las organizaciones revolucionarias en la lucha contra la dictadura y aclaró que esa unidad se daba pese a las diferencias políticas. Pujadas destacó ese aspecto y en nombre de Montoneros explicó que su lucha también era por el retorno de Perón y por elecciones sin condicionamientos. Era la primera vez que dirigentes guerrilleros aparecían en la televisión dando sus opiniones sobre la situación política.

La dictadura militar, en su último tramo, encabezado por el general Lanusse, había anunciado elecciones para el año siguiente. Pero sólo podrían ser candidatos quienes estuvieran en territorio nacional hasta ese 25 de agosto. Se trataba de una cláusula para impedir la candidatura de Perón. En ese momento, las tres organizaciones guerrilleras opinaban que los militares no concederían la salida electoral. El capitán de corbeta Luis Sosa, segundo jefe de la base naval Almirante Zar, ubicada a cuatro kilómetros del aeropuerto, dirigía las operaciones militares para la rendición de los 19 guerrilleros. Junto al juez, prometió respetar las vidas y dio garantías a los presos fugados. Al promediar las negociaciones se declaró el estado de emergencia en la zona del V Cuerpo, con lo que el juez perdió autoridad. La suerte de los presos quedó en manos de Sosa y su subordinado, el teniente Roberto Bravo. Apenas se entregaron, rompió la primera promesa: los presos no fueron devueltos al penal de Rawson, como habían pedido, sino trasladados a la base Almirante Zar.

"Cuando llegamos –recuerda Duhalde– el penal estaba tomado por el Ejército y no se podía llegar a la base. El juez Jorge Quiroga, de la Cámara Federal, se negó a recibirnos. En toda la ciudad se vivía un clima de muerte, el aire se cortaba con un cuchillo, había mucha tensión. Entonces decidimos alojarnos en el mismo hotel que el juez. Con Ortega Peña le pasamos dos escritos por abajo de la puerta, en los que simplemente pedíamos asistir a nuestros defendidos."

En la base, los detenidos permanecían en varias celdas que daban a un pasillo en cuyos extremos estaban los guardias con dos ametralladoras pesadas. Durante los primeros días fueron interrogados sin que se les infligieran maltratos físicos, aunque eran permanentes las provocaciones y los insultos.

"El 18 tratamos de volver a la cárcel, con el abogado Mario Abel Amaya, pero no pudimos acercarnos a más de cien metros –sigue Duhalde– y fuimos a almorzar al hotel de Rawson. Todas las mesas, menos una, estaban ocupadas por altos oficiales, entre los que estaban Luis Prémoli y Leopoldo Galtieri. Ocupamos la única mesa libre y tratamos de parecer distendidos. Un oficial se levantó, habló por teléfono y una patrulla se lo llevó a Amaya. Entonces nosotros, ya medio en broma, pedimos los postres y nos llevaron presos también. Estábamos en el patio de una comisaría y por el ambiente me hizo pensar en los fusilamientos del '56 en el patio de una comisaría de Lanús. Finalmente nos liberaron por las gestiones de Hipólito Solari Irigoyen desde Buenos Aires, pero Amaya quedó adentro. Entonces decidimos hacer una conferencia de prensa en el estudio de Amaya y media hora antes lo hicieron volar con una bomba. Ese era el ambiente en Rawson y Trelew, será una frase común, pero era como la crónica de una muerte anunciada, Trelew estaba desierto, no había nadie en la calle. Teníamos claro que se venía una masacre."

El trato a los prisioneros se hizo más riguroso, los sacaron desnudos en la madrugada a la intemperie, se escuchaban advertencias como "ya van a ver lo que es meterse con la Marina" y trataban de provocar una reacción, sobre todo de Pujadas y Bonet, que habían aparecido en televisión. El grupo de los seis dirigentes que había logrado fugar, más Carlos Goldemberg, que manejaba el Falcon con el que salieron de la prisión, y Alejandro Ferreyra, Víctor Fernández Palmeiro y Ana Weisen de Olmedo, que habían copado el avión, ya estaba en Santiago de Chile y el gobierno socialista de Salvador Allende aún no sabía qué hacer con ellos.

Duhalde y los demás abogados decidieron regresar a Buenos Aires para denunciar la situación. "Cuando salíamos del hotel, entraba una patrulla para detenernos –afirma–, allí logramos que Jorge Llampart, que era el representante de la Juventud Peronista en el Consejo Nacional Justicialista, le enviara un telegrama al ministro Arturo Mor Roig, que nunca respondió. De allí viajé a Chile con Gustavo Roca, Mario Hernández y Andrés López Acoto, y Ortega Peña se quedó en Buenos Aires con los demás para organizar una conferencia de prensa. Ese día fueron los fusilamientos y Ortega Peña debió realizar la conferencia de prensa en la calle porque habían puesto una bomba en el local donde debía realizarse."

Duhalde y Roca tuvieron que darles la noticia a los prófugos. Entre los fusilados estaban la esposa de Santucho y Susana Lesgart, pareja de Vaca Narvaja. "Fue un momento muy duro, algunos lloraron, otros dieron puñetazos a la pared, Santucho estuvo varios minutos sin poder hablar." Finalmente, el gobierno de Allende los dejó partir hacia Cuba. Tres de los fusilados, María Antonia Berger, Ricardo Haidar y Alberto Camps, sobrevivieron para dar su testimonio. La versión de la dictadura fue que Pujadas había intentado arrebatar el arma a un custodio para fugarse. Un intento de fuga, dijeron. Con la amnistía del 25 de mayo de 1973, Camps, Berger y Haidar salieron en libertad. Ese mismo día y cuando aún no habían abandonado la prisión, el poeta Francisco Urondo les hizo una larga entrevista donde relataron los fusilamientos. Dos de ellos fueron desaparecidos durante la dictadura de Videla, y Camps murió en un enfrentamiento.

"El copamiento del penal y la fuga de dirigentes importantes fue un golpe muy duro para la dictadura que en ese momento sostenía una pulseada muy fuerte con Perón. La masacre fue una represalia –reflexiona Duhalde–, un intento de salvar el principio de autoridad dañado por la operación. Fue la semilla del genocidio que vendría en el '76, pero todavía no era una práctica sistemática, no estaban mentalmente preparados." ■

Capitán de fragata Luis Sosa. Fue el jefe de los fusiladores.

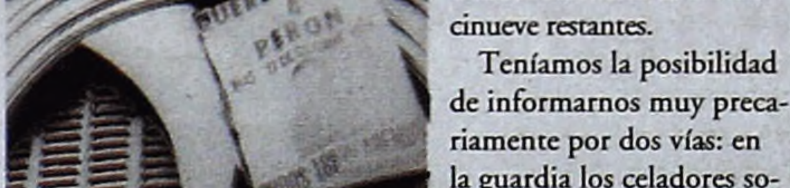
EL RECUERDO DE AGUSTIN TOSCO

"Algunos enmudecieron, otros lloraban"

Agustín Tosco fue en la década del '70 el principal dirigente sindical no peronista. Su nombre se convirtió en una bandera nacional después que se puso a la cabeza de la revuelta que la historia recordaría como Cordobazo. Cuando se produjo la fuga que terminó en la masacre de Trelew, Tosco estaba preso en el penal de Rawson y, respetando su decisión de huir, prefirió no sumarse a los prófugos. El siguiente es su relato, brindado un año más tarde al diario *El Mundo*, de cómo se vivió en la prisión ese trágico 22 de agosto.

–¿Puede usted relatarnos sintéticamente qué pasó ese día en el penal de Rawson?

–Desde el 15 de agosto, día de la evasión, vivíamos en un clima de gran ansiedad. Habíamos sido reagrupados en pabellones distintos a los que ocupábamos en aquella fecha, y aislados rigurosamente en cada una de las celdas individuales. La puerta de la celda era maciza, con algunos agujeros de un centímetro de diámetro, que hacían de mirilla para los celadores que nos observaban y controlaban constantemente. Una especie de pequeña ventana, con barrotes cruzados, semejante a una claraboya sin vidrios, colocada sobre la puerta, nos permitía mirar directamente a algunos compañeros, a los ubicados en las cinco o seis celdas de enfrente; para ello debíamos subirnos a la cabecera de la cama y estar en posición muy incómoda. Pero lo hacíamos con entusiasmo, pues eso nos permitía contactarnos de alguna manera, plantearnos los interrogantes que la situación de incomunicación nos obligaba, e ir transmitiendo las opiniones con el lenguaje mudo de la mano, en lo que ya éramos expertos. Dados los cuarenta y cinco metros de longitud del pabellón y las dos series de veintiún celdas a cada costado del mismo, la retransmisión se iba haciendo en forma de zigzag hasta completar la totalidad.



Nuestra preocupación mayor era la suerte corrida por los compañeros que se habían fugado. Muchos de los prisioneros pertenecían a organizaciones armadas y otros no; es decir, los que nos encontrábamos en el pabellón. Mas a todos nos embargaba una seria inquietud pues la noche del 15 de agosto habíamos escuchado por radio, que todavía en ese entonces se nos permitía tener, que habían sido apresados en el Aeropuerto de Trelew; que se les había dado garantías de reintegrarlos al penal; que estaban en marcha hacia el mismo, en una columna que encabezaban Pujadas, el juez Godoy, el Dr. Amaya y miembros de las fuerzas de represión. La noche del 15 de agosto, en la que permaneció tomado interiormente el penal, escuchamos las emisoras de Chile, donde se daba cuenta del secuestro del avión, y que en él viajaban Santucho, Osatinsky, Vaca Narvaja, Gorriarán, Quieto y Mena. Pero el 16 de agosto a la mañana, que se nos incomunicó, no sabíamos casi nada de los diecinueve restantes.

Teníamos la posibilidad de informarnos muy precariamente por dos vías: en la guardia los celadores solían escuchar los informativos y todos hacíamos un profundo silencio para tratar de pescar algo; el contacto con algunos celadores más "flexibles". Cuando nos abrían la puerta para ir al baño o cuando nos traían la comida, también podían darnos una "pista".

Antes del mediodía del 22 de agosto, algunos compañeros comenzaron a transmitir con el lenguaje mudo que parecía que tres prisioneros que estaban en la Base Naval de Trelew habían sido asesinados. Una gran angustia se experimentó todo el pabellón. Por la mañana habían requisado en forma muy dura –ellos ya sabían lo acontecido en la madrugada– y propinaron golpes de puño a varios, además de hacernos correr desnudos desde el baño a cada una de las celdas. Habíamos gritado y protestado con toda nuestra fuerza.

A medida que lográbamos noticias, precarias todas, iba aumentando el número de muertos. Decían que Pujadas había intentado apoderarse de la ametralladora de un guardia, que se había generalizado un tiroteo y que habían caído todos. A las 17 horas estaba prácticamente confirmado que habían sido muertos los diecinueve compañeros en la Base Aeronaval.

Fueron horas de intenso dramatismo. Todos estábamos encaramados y tomados de los barrotes cruzados de la ventana de la celda hacia el interior del pabellón. Había rostros enmudecidos. Otros lloraban con profundo dolor y rabia. Algunos gritaban y daban vivas a cada uno de los caídos y a las organizaciones guerrilleras, a la clase obrera, a la revolución y a la Patria.

A la noche se preparó un homenaje simultáneo en los seis pabellones ocupados por los presos políticos y sociales. Espontáneamente cada uno relataba aspectos de la vida, las convicciones, la personalidad de los caídos, hasta completarlos a todos. Posteriormente hablaron varios enjuiciando y condenando el alevoso crimen y fijando la responsabilidad en la dictadura y el sistema. Luego a voz de cuello se gritó el nombre de cada uno y cada vez se respondía en forma vibrante y unánime: ¡Presente! ¡Hasta la victoria siempre!

Se entonaron colectivamente las distintas marchas partidarias. Todo quedó en silencio. Los guardias ordenaron acostarse. Esa noche nadie durmió. El recuerdo de los mártires caídos, la imagen de cada uno, el heroico ejemplo de cada uno, llenaba la imaginación, hacía estremecer los sentimientos y daba una pauta más del duro y glorioso camino revolucionario que recorren la clase obrera y el pueblo hasta su total y definitiva liberación. ■

Después del presentimiento

Por Susana Viau

Es difícil, a tantos años, recordar con exactitud, pero debió ser alrededor de las once de la mañana que se conoció la noticia. La sensación fue de incredulidad, no de sorpresa. Desde que unos días antes aquellas imágenes los mostraron ir y venir pactando la rendición, desde que se pudo escuchar el murmullo contenido de los saludos que llegaban de la habitación donde se concentraban para entregarse y el ruido apagado de los abrazos con que se despidieron para salir, de uno en uno, y colocar las armas al pie de los oficiales que volvían a detenerlos, todo presagiaba tragedia, todo olía a desgracia. Los portavoces eran los jefes de cada uno de los grupos de evadidos: Rubén Pedro –"el Indio"– Bonet, el ferviente partidario de "la línea del Norte", el militante entusiasta que, junto a Cacho (que por suerte aún vive), solía venir a comerme el coco a la casa de mis padres y asombraría a sus compañeros de pabellón por la fruición con que masticaba huesos. La misma casa de Pueyrredón y Córdoba donde me había pedido alojarse Mariano Pujadas, un estudiante de la Universidad Católica de Córdoba, fundador del Centro de Estudios Sociales Eva Perón, llegado a bordo de un jeep y con una novia jovencita y pelilarga.

Ahora los dos muchachos hermosos, verdaderamente hermosos, estaban muertos. Mi amigo, el Zambo, sollozó escuchando el nombre de Jorge Alejandro Ulla. Nos fuimos para la Asociación Gremial de Abogados, la sede de los defensores de presos políticos, el único punto de reunión posible en una Buenos Aires que seguía moviéndose como si nada. Subimos. Lo primero que vi fue una mujer que apoyaba la frente contra el cristal de la ventana y miraba la ciudad con ojos vacíos. Era la madre de María Angélica Sabelli, la chica de 23 años integrante de las FAR y asesinada esa madrugada. En los minutos que siguieron, el local se llenó de gente. La directiva de la gremial, de inmediato, decidió enviar a tres de sus miembros. No había avión y entonces aprobaron un gasto extraordinario: alquilar un taxi aéreo. Viajaron Mario Landaburu, Rafael Lombardi (el Zambo) y Alejandro Cavilla.

Fuimos en procesión hasta el Aeroparque. De regreso, dejamos en el local la ropa que no habíamos logrado alcanzarles a los tres abogados y bajamos con Martha Fernández a tomar un café. Cada una lloraba a sus muertos y a los 16. De pronto, la ciudad se llenó de sirenas. Dedujimos que era parte del operativo de seguridad puesto en marcha para evitar manifestaciones de repudio. Un rato después volvimos a la Gremial. Pero la Gremial ya no existía: un bombazo la había volado. Los fusilamientos de Trelew eran la segunda gran masacre de la Patagonia. El Indio había mencionado esos hechos durante la conferencia de prensa que dieron en el aeropuerto. Quizá también él haya tenido un presentimiento, tal vez al nombrar la masacre haya querido conjurar la inminencia de lo que, al final, iba a suceder.

* *Hay cosas que parecen insignificantes cuando pasan. Y lo son. Por ejemplo, no tenía importancia cuál era el nombre del juez al que los familiares presentaron un amparo para que el velatorio pudiera llevarse a cabo en la sede que el PJ tenía en avenida La Plata. El amparo se concedió, aunque lo bastante tarde para que la policía al mando del comisario Villar entrara a saco y se apoderara de los cajones. Todo esto, con seguridad, debe haber sido contado por alguien en este espacio. Hoy sí tiene sentido decir que el juez de firma lenta se llamaba César Arias.* ■





María Antonia Berger y Mariano Pujadas, en la conferencia de prensa en el aeropuerto. Pujadas murió en el fusilamiento y Berger fue una de los tres sobrevivientes.



Parte de los 19 guerrilleros al entregar sus armas. En el centro está Ana María Villarreal, la esposa de Santucho. Unos días más tarde serían fusilados en la base de la Armada, Almirante Zar.



rio Delfino,Mariano Pujadas, Ricardo Haidar, Susana Lesgart, María Angélica Sabelli, María Antonia Berger y Alberto Camps. Pidieron la presencia del juez y de los periodistas. Bonet, Pujadas y Berger hablaron en representación del ERP, Montoneros y FAR. Las dos últimas organizaciones ya estaban en un proceso de discusión para unificarse, por lo que prácticamente Pujadas habló en nombre de las dos. Bonet reivindicó en sus declaraciones la unidad de las organizaciones revolucionarias en la lucha contra la dictadura y aclaró que esa unidad se daba pese a las diferencias políticas. Pujadas destacó ese aspecto y en nombre de Montoneros explicó que su lucha también era por el retorno de Perón y por elecciones sin condicionamientos. Era la primera vez que dirigentes guerrilleros aparecían en la televisión dando sus opiniones sobre la situación política.

La dictadura militar, en su último tramo, encabezado por el general Lanusse, había anunciado elecciones para el año siguiente. Pero sólo podrían ser candidatos quienes estuvieran en territorio nacional hasta ese 25 de agosto. Se trataba de una cláusula para impedir la candidatura de Perón. En ese momento, las tres organizaciones guerrilleras opinaban que los militares no concederían la salida electoral. El capitán de corbeta Luis Sosa, segundo jefe de la base naval Almirante Zar, ubicada a cuatro kilómetros del aeropuerto, dirigía las operaciones militares para la rendición de los 19 guerrilleros. Junto al juez, prometió respetar las vidas y dio garantías a los presos fugados. Al promediar las negociaciones se declaró el estado de emergencia en la zona del V Cuerpo, con lo que el juez perdió autoridad. La suerte de los presos quedó en manos de Sosa y su subordinado, el teniente Roberto Bravo. Apenas se entregaron, rompió la primera promesa: los presos no fueron devueltos al penal de Rawson, como habían pedido, sino trasladados a la base Almirante Zar.

"Cuando llegamos –recuerda Duhalde– el penal estaba tomado por el Ejército y no se podía llegar a la base. El juez Jorge Quiroga, de la Cámara Federal, se negó a recibirnos. En toda la ciudad se vivía un clima de muerte, el aire se cortaba con un cuchillo, había mucha tensión. Entonces decidimos alojarnos en el mismo hotel que el juez. Con Ortega Peña le pasamos dos escritos por abajo de la puerta, en los que simplemente pedíamos asistir a nuestros defendidos."

En la base, los detenidos permanecían en varias celdas que daban a un pasillo en cuyos extremos estaban los guardias con dos ametralladoras pesadas. Durante los primeros días fueron interrogados sin que se les infligieran maltratos físicos, aunque eran permanentes las provocaciones y los insultos.

"El 18 tratamos de volver a la cárcel, con el abogado Mario Abel Amaya, pero no pudimos acercarnos a más de cien metros –sigue Duhalde– y fuimos a almorzar al hotel de Rawson. Todas las mesas, menos una, estaban ocupadas por altos oficiales, entre los que estaban Luis Prémoli y Leopoldo Galtieri. Ocupamos la única mesa libre y tratamos de parecer distendidos. Un oficial se levantó, habló por teléfono y una patrulla se lo llevó a Amaya. Entonces nosotros, ya medio en broma, pedimos los postres y nos llevaron presos también. Estábamos en el patio de una comisaría y por el ambiente me hizo pensar en los fusilamientos del '56 en el patio de una comisaría de Lanús. Finalmente nos liberaron por las gestiones de Hipólito Solari Irigoyen desde Buenos Aires, pero Amaya quedó adentro. Entonces decidimos hacer una conferencia de prensa en el estudio de Amaya y media hora antes lo hicieron volar con una bomba. Ese era el ambiente en Rawson y Trelew, será una frase común, pero era como la crónica de una muerte anunciada, Trelew estaba desierto, no había nadie en la calle. Teníamos claro que se venía una masacre."

El trato a los prisioneros se hizo más riguroso, los sacaron desnudos en la madrugada a la intemperie, se escuchaban advertencias como "ya van a ver lo que es meterse con la Marina" y trataban de provocar una reacción, sobre todo de Pujadas y Bonet, que habían aparecido en televisión. El grupo de los seis dirigentes que había logrado fugar, más Carlos Goldemberg, que manejaba el Falcon con el que salieron de la prisión, y Alejandro Ferreyra, Víctor Fernández Palmeiro y Ana Weisen de Olmedo, que habían copado el avión, ya estaba en Santiago de Chile y el gobierno socialista de Salvador Allende aún no sabía qué hacer con ellos.

Duhalde y los demás abogados decidieron regresar a Buenos Aires para denunciar la situación. "Cuando salíamos del hotel, entraba una patrulla para detenernos –afirma–, allí logramos que Jorge Llampart, que era el representante de la Juventud Peronista en el Consejo Nacional Justicialista, le enviara un telegrama al ministro Arturo Mor Roig, que nunca respondió. De allí viajé a Chile con Gustavo Roca, Mario Hernández y Andrés López Acoto, y Ortega Peña se quedó en Buenos Aires con los demás para organizar una conferencia de prensa. Ese día fueron los fusilamientos y Ortega Peña debió realizar la conferencia de prensa en la calle porque habían puesto una bomba en el local donde debía realizarse."

Duhalde y Roca tuvieron que darles la noticia a los prófugos. Entre los fusilados estaban la esposa de Santucho y Susana Lesgart, pareja de Vaca Narvaja. "Fue un momento muy duro, algunos lloraron, otros dieron puñetazos a la pared, Santucho estuvo varios minutos sin poder hablar." Finalmente, el gobierno de Allende los dejó partir hacia Cuba. Tres de los fusilados, María Antonia Berger, Ricardo Haidar y Alberto Camps, sobrevivieron para dar su testimonio. La versión de la dictadura fue que Pujadas había intentado arrebatar el arma a un custodio para fugarse. Un intento de fuga, dijeron. Con la amnistía del 25 de mayo de 1973, Camps, Berger y Haidar salieron en libertad. Ese mismo día y cuando aún no habían abandonado la prisión, el poeta Francisco Urondo les hizo una larga entrevista donde relataron los fusilamientos. Dos de ellos fueron desaparecidos durante la dictadura de Videla, y Camps murió en un enfrentamiento.

"El copamiento del penal y la fuga de dirigentes importantes fue un golpe muy duro para la dictadura que en ese momento sostenía una pulseada muy fuerte con Perón. La masacre fue una represalia –reflexiona Duhalde–, un intento de salvar el principio de autoridad dañado por la operación. Fue la semilla del genocidio que vendría en el '76, pero todavía no era una práctica sistemática, no estaban mentalmente preparados." ■



Capitán de fragata Luis Sosa. Fue el jefe de los fusiladores.

Después del presentimiento

Por Susana Viau

Es difícil, a tantos años, recordar con exactitud, pero debió ser alrededor de las once de la mañana que se conoció la noticia. La sensación fue de incredulidad, no de sorpresa. Desde que unos días antes aquellas imágenes los mostraron ir y venir pactando la rendición, desde que se pudo escuchar el murmullo contenido de los saludos que llegaban de la habitación donde se concentraban para entregarse y el ruido apagado de los abrazos con que se despidieron para salir, de uno en uno, y colocar las armas al pie de los oficiales que volvían a detenerlos, todo presagiaba tragedia, todo olía a desgracia. Los portavoces eran los jefes de cada uno de los grupos de evadidos: Rubén Pedro –"el Indio"– Bonet, el ferviente partidario de "la línea del Norte", el militante entusiasta que, junto a Cacho (que por suerte aún vive), solía venir a comerme el coco a la casa de mis padres y asombraría a sus compañeros de pabellón por la fruición con que masticaba huesos. La misma casa de Pueyrredón y Córdoba donde me había pedido alojarse Mariano Pujadas, un estudiante de la Universidad Católica de Córdoba, fundador del Centro de Estudios Sociales Eva Perón, llegado a bordo de un jeep y con una novia jovencita y pelilarga.

Ahora los dos muchachos hermosos, verdaderamente hermosos, estaban muertos. Mi amigo, el Zambo, sollozó escuchando el nombre de Jorge Alejandro Ulla. Nos fuimos para la Asociación Gremial de Abogados, la sede de los defensores de presos políticos, el único punto de reunión posible en una Buenos Aires que seguía moviéndose como si nada. Subimos. Lo primero que vi fue una mujer que apoyaba la frente contra el cristal de la ventana y miraba la ciudad con ojos vacíos. Era la madre de María Angélica Sabelli, la chica de 23 años integrante de las FAR y asesinada esa madrugada. En los minutos que siguieron, el local se llenó de gente. La directiva de la gremial, de inmediato, decidió enviar a tres de sus miembros. No había avión y entonces aprobaron un gasto extraordinario: alquilar un taxi aéreo. Viajaron Mario Landaburu, Rafael Lombardi (el Zambo) y Alejandro Cavilla.

Fuimos en procesión hasta el Aeroparque. De regreso, dejamos en el local la ropa que no habíamos logrado alcanzarles a los tres abogados y bajamos con Martha Fernández a tomar un café. Cada una lloraba a sus muertos y a los 16. De pronto, la ciudad se llenó de sirenas. Dedujimos que era parte del operativo de seguridad puesto en marcha para evitar manifestaciones de repudio. Un rato después volvimos a la Gremial. Pero la Gremial ya no existía: un bombazo la había volado. Los fusilamientos de Trelew eran la segunda gran masacre de la Patagonia. El Indio había mencionado esos hechos durante la conferencia de prensa que dieron en el aeropuerto. Quizá también él haya tenido un presentimiento, tal vez al nombrar la masacre haya querido conjurar la inminencia de lo que, al final, iba a suceder.

** Hay cosas que parecen insignificantes cuando pasan. Y lo son. Por ejemplo, no tenía importancia cuál era el nombre del juez al que los familiares presentaron un amparo para que el velatorio pudiera llevarse a cabo en la sede que el PJ tenía en avenida La Plata. El amparo se concedió, aunque lo bastante tarde para que la policía al mando del comisario Villar entrara a saco y se apoderara de los cajones. Todo esto, con seguridad, debe haber sido contado por alguien en este espacio. Hoy sí tiene sentido decir que el juez de firma lenta se llamaba César Arias.* ■



La base Almirante Zar de la Marina, donde se asesinó a los 16 guerrilleros.

El silencio de la Marina

Por Osvaldo Bayer

Cuesta pensarlo, cuesta finalmente entenderlo. Y no se entiende. La ferocidad, la brutalidad, la vocación del crimen. ¿Qué calificativo cabe para sus autores? En una Argentina católica, apostólica, romana. Donde todos los miembros de nuestras fuerzas armadas, sin excepción, han tomado la primera comunión y por supuesto se han casado por la iglesia, y se confiesan regularmente. Lo de Trelew es sólo imaginable en Siberia, en un relato de Dostoiewski. Diecinueve prisioneros –mujeres y hombres, todos jóvenes; Ana María Santucho, encinta de ocho meses– son mantenidos en calabozos, molestados, desnudados, maltratados, para luego fusilarlos impunemente. Los fusiladores son oficiales y suboficiales de la Marina de Guerra. Mientras se asesina a los presos, se los insulta. ¿Qué educación recibieron esos marinos? ¿Qué conducta llevaban y llevan esos marinos en sus hogares?

Después del bárbaro asesinato, la mentira. Se inventa una subversión, se aplica la ley de fugas. Los comunicados de los altos jefes de la Marina, aceptados y elogiados por el propio presidente de la Nación, general Lanusse, hombre probo y religioso, según sus biógrafos.

Pero, ¿y después? ¿Qué se hizo después cuando retornó la democracia?: ¿se juzgó a los asesinos? ¿Se esclareció el hecho hasta sus últimas consecuencias? No, nada de eso, todo siguió su camino habitual. Los muertos, muertos están. Al contrario, se protegió a los dos asesinos máximos del hecho: el capitán de corbeta Luis Emilio Sosa y el teniente de fragata Roberto Guillermo Bravo fueron enviados a la embajada argentina en Washington a "hacer cursos". Hoy los asesinos estarán paseando sus nietos por los parques de la Recoleta con una buena pensión en el bolsillo. De los 16 jóvenes asesinados en forma tan vil, queda esa última foto. En el aeropuerto de Trelew. Están todos expectantes. Entre la vida y la muerte. Tienen un rasgo de nobleza que los marinos de guerra pagarán con falsa moneda. Los revolucionarios no toman rehenes para después negociarlos por su libertad. No. Prefieren entregarse y no crear más problemas. Ya se ha llegado al pacto: ellos se entregan y el capitán de corbeta Sosa los devolverá al penal de Rawson. Pero el marino de guerra argentino los traiciona como lo pudiera sólo hacer un villano de la peor especie... El transporte se dirigirá directamente a la base naval del lugar. Allí los asesinarán.

No hubo ningún oficial de la Marina de Guerra que protestara o pidiera la baja ante tal ignominia realizada por jefes de esa arma. Todos se callan la boca. Y tal vez aplaudan la ignominia. Después serán proclamados "héroes de Malvinas" por Hadad en Radio Diez. El ministro del Interior de ese gobierno de Lanusse es nada menos que el radical Mor Roig, íntimo de Ricardo Balbín. Mira hacer y se calla la boca. Igual que el tuerto Gómez, ministro de Yrigoyen cuando el Ejército Argentino fusiló a centenares de gauchos, peones rurales, en la Patagonia. Los dos ministros radicales no oyeron, no vieron, no comentaron. Tradición democrática. Traición a la República.

Pero la valentía armada de esa tragedia tendrá su fin operístico de máxima cobardía. Serán atacados con tanques los velatorios de los fusilados. Además nuestra valiente policía al mando del comisario general Villar les sacudirá una paliza indecible a las madres y hermanas de los fusilados, que defienden a sus muertos. Esa orden la dio el general Sánchez de Bustamante, que ganó esa única batalla de su vida contra los deudos de los asesinados y las velas de luto. Ah, general, con ese apellido, usted ha pasado para siempre a la historia del ejército sanmartiniano.

Las heroicas avanzadas de la Patria se llevaron hasta los ataúdes. Siempre en perfecto orden y con gesto altruista. No será éste hoy un análisis ni histórico ni sociológico. Expresará toda nuestra sorpresa ante el proceder sanguinario y traidor de la Marina de Guerra argentina. Y la profunda torpeza y oportunismo que atestiguan el hecho de que el último decreto de Lanusse como presidente de facto será otorgarle un sobresueldo especial al capitán de corbeta Sosa y al teniente Bravo para que la pasen bien en Estados Unidos. Así terminó su mandato Lanusse, mandato que había robado a la democracia argentina. Un final muy digno del señor general.

Hemos querido hacer un análisis ético, en esta Argentina de hoy sin ética. Si todavía se tiene dignidad habría que obligar al comandante de la Marina, almirante Stella, a hacer un juicio de la verdad acerca del crimen de Trelew. Es la propia Marina la que tiene que dejar en claro quiénes fueron los responsables y los culpables directos. Alejar para siempre de ese cuerpo uniformado a los asesinos calificándolos de indignos traidores a la Patria. Y en la base naval Almirante Zar de Trelew levantar una escultura que recuerde la tragedia del cobarde fusilamiento de prisioneros. Y que en esa escultura se haga alusión precisamente a que entre los asesinados figuraba una criatura a quien le faltaba apenas un mes para nacer del vientre de la joven Ana Santucho. ■

Memoria de "La patria fusilada"

Por Juan Sasturain

En los meses y en los años siguientes a la Masacre de Trelew –que así quedó para siempre calificado el fusilamiento de prisioneros tras el masivo intento de fuga guerrillera del penal de Rawson en agosto del '72– pasaron muchísimas cosas graves, terribles y jubilosas. No sé si me animo a hablar de todo aquello. Me parece que no. Pero además por entonces se publicaron dos libros sobre el tema: *La pasión según Trelew*, de Tomás Eloy Martínez, y *La patria fusilada*, de Francisco Urondo. Y de eso tal vez pueda decir algo.

Recuerdo haber leído los dos, pero de *La pasión...* me acuerdo menos. El de Tomás Eloy era el libro de un escritor trabajando de (impecable) periodista, un reportaje a la perpleja comunidad en que la Historia había anidado ocasionalmente para poner sus huevos de amor y muerte. Lo busqué de apuro y (todavía) no lo encontré. El que sí tengo a mano es el de Paco, un poco baqueteado pero entero. Y de éste sí –lo compruebo al releer penosamente– me acordaba más. Es también el libro de un escritor y periodista. Pero más que nada el de un militante: Paco lo era.

La patria fusilada es un libro chiquito, de algo más de 140 páginas, celeste, con un dibujo a pluma salpicado de sangre en tapa, un hombre arrasado por la descarga. El pie de imprenta de la edición de Crisis señala: "Primera edición, 15 de agosto de 1973, 10.000 ejemplares; 2da., 30 de agosto de 1973, 5000 ejemplares; 3ra. edición –la que yo tengo–, 17 de septiembre de 1973, 5000 ejemplares". Veinte mil ejemplares en un mes. Qué bárbaro.

¿Y de qué habla? Buena pregunta, porque es un libro conversado, la transcripción, precisa hasta en el registro de la respiración y los cruces, del testimonio de los únicos sobrevivientes de la masacre de aquella madrugada del 22 de agosto en el pasillo de los calabozos de la Base, cuando los marinos tiraron: hablan María Antonia Berger, Alberto Miguel Camps y Ricardo René Haidar, los tres que se salvaron malheridos cuando murieron dieciséis.

¿Cuándo lo contaron? Eso es notable, porque el mismo Paco explica en el arranque las condiciones especiales en que hizo eso que no puede ser considerado un simple reportaje. Fue otra madrugada famosa pero de signo inverso, apenas nueve increíbles meses después, en otra cárcel, la de Villa Devoto: el 24 de mayo de 1973, las vísperas de la asunción del gobierno de Cámpora que liberaría en horas a todos los presos políticos, incluidos los testimoniantes y el entrevistador. En ese contexto, en una celda aislada del júbilo creciente y la expectativa que los rodeaba, esos tres y Urondo –un preso político más por entonces– se sentaron heridos pero oscuramente victoriosos a reconstruir, de una sola sentada de nueve de la noche a tres o cuatro de la mañana, todo el episodio, desde la fuga a la masacre: las circunstancias, el análisis, las sensaciones.

El resultado, con el plus de los dos textos de Gelman que abren y cierran el libro –"Condiciones" y "Glorias": "oh sangre así caída condúcenos al triunfo"– es absolutamente perturbador. Ya no es como Walsh frente a Livraga quince años antes, hablando con "el fusilado que vive" después de José León Suárez, desayunándose de una historia que le pasaba al lado sin tocarlo todavía. Es Paco Urondo, el poeta que se ha despedido en el memorable "Solicitada" que cierra sus *Poemas póstumos* del año anterior –"Ya no soy / de aquí: apenas me siento una memoria / de paso. Mi confianza se apoya en el profundo desprecio / por este mundo desgraciado. Le daré / la vida para que nada siga como está"–, el que indaga en las entretelas de sus compañeros, recoge el testimonio minucioso de las sensaciones que –lo sabemos hoy, lo intuía él– le tocarán vivir a plazo fijo. Así, el pequeño librito celeste tiene, con todo, un tono absolutamente positivo (¡qué palabra imbécil!), terriblemente conmovedor en sus convicciones y, por lo tanto, absolutamente intolerable desde este presente de humillación y fracaso. ■